

desgracias de mi nueva patria! Viva México!"

Miramón, con voz clara y firme, dijo: "...protesto contra la nota de traición que se ha querido arrojarme para cubrir mi sacrificio. Muero inocente de ese crimen, y perdono a los que me lo imputan.... Viva México!"

Mejía nada dijo.

Después de esto, Miramón se colocó en medio, Maximiliano a su izquierda y Mejía a la derecha.

A las siete y cinco minutos de la mañana del día 19 de junio los tres habían acabado de existir. Hacía poco más de tres años que Maximiliano había llegado a México. El segundo Imperio había resultado casi tan efímero como el primero, y la suerte del segundo Emperador de México no había sido más afortunada que la del primero, el libertador Iturbide.

Los cadáveres de Miramón y Mejía fueron entregados a sus respectivas esposas. El del Emperador fue llevado al convento de las Capuchinas, en donde los médicos lo embalsamaron, encerrándolo después en un ataúd de cinc que fue colocado en un lugar digno, hasta que la familia real de Austria lo reclamase.

El 25 de agosto -1867- llegó a Veracruz el Vice-almirante Teghettoff en la fragata Novara y pidió al ministro de Relaciones Sebastián Lerdo de Tejada, el cadáver del infortunado Archiduque. Como su misión era puramente confidencial, el gobierno mexicano no se lo concedió, diciendo que sólo se le entregaría cuando de una manera oficial lo pidiera el gobierno de Austria o la familia del finado.

Habiéndose cumplido este requisito, el 12 de noviembre del mismo año 1867, los restos fueron recogidos del hospital San Andrés de México y llevados a Veracruz en donde el 25 del citado mes los recibió oficialmente el Vice-almirante Teghettoff.

En la misma fragata Novara, que empavesada había llegado a Veracruz tres y medio años antes para dejar a los jóvenes Soberanos llenos de esperanzas e ilusiones, se llevaba ahora el cadáver de uno de ellos, para ser depositado en la cripta de Capuchinos de Viena, última morada de los miembros de la casa imperial de Hapsburgo.

TOMA DE LA CAPITAL.- Márquez había seguido defendiéndose en la capital resistiendo el sitio. Tan luego como tuvo conocimiento de la caída de Querétaro y del giro que tomaban los acontecimientos, pasó el mando de la tropa al Gen. Tavera el 19 de junio y se ocultó, como lo hicieron los generales Vilaurri, O'Horán y Ramírez de Arellano, lo mismo que el presidente del Consejo, José María Lacunza. El Gen. Tabera envió unos comisionados a F. Díaz para arreglar una capitulación y el día 21 las fuerzas republicanas hicieron su entrada a la capital. El Gen. Díaz publicó un decreto ordenando que todos los que hubiesen desempeñado algún empleo o comisión sirviendo al Imperio, se presentasen so pena de ser pasados por las armas. El Gen. Vidaurri no se presentó, como tampoco se presentaron las otras tres personas, anteriormente citadas.

El escondite del Gen. Vilaurri fue descubierto el 8 de julio y se le pasó por las armas. Igual suerte tuvo el Gen. Tomás O'Horán, que fue fusilado el 22 de agosto de ese año, 1867, cuando ya Juárez había establecido su gobierno en México. Muchas personas se interesaron por la suerte de este general, pero Juárez se mostró inflexible.

En cuanto al Gen. Márquez logró ponerse en salvo y salir del país.

Antes de que se verificasen las ejecuciones de que se acaba de hablar, la plaza de Veracruz había sido ocupada por las fuerzas republicanas.

#### Actitud de los Estados Unidos durante el segundo Imperio.

El Gen. Ph. H. Sheridan dice: "...que su ejército apoyaba, estimulaba y proveía con abundancia de armas y bastimentos a los liberales mexicanos, dejando a conveniente distancia junto al río y del lado americano dichas armas y municiones para que cayesen en manos de los liberales y así éstos pudiesen hacer pie en sólidas bases...."

Algunas páginas después narra cómo el Cor. Sedgwick tomó posesión de Matamoros para apresar a González Ortega y entregarlo a Juárez por conducto de Escobedo.

Agrega que "durante esta primavera e invierno (1866) de sólo el arsenal de Baton Rouge les mandamos 30.000 fusiles".

"Al terminar nuestra guerra (del Norte contra el Sur) había pocas esperanzas de salvación para los republicanos de México, en realidad hasta que nuestras tropas se concentraron a orillas del Río Grande, no tenían ninguna esperanza. El presentarnos en

pie de guerra a lo largo de la frontera permitió a los cabecillas liberales refugiados citarse allí y promulgar sus planes con seguridad; así que el apoyo en tal forma prestado a la causa cuando ya toda esperanza había desaparecido, incitó al pueblo mexicano a renovar su resistencia".

Refiere también que le costaba trabajo detener a sus soldados y oficiales para que no pasasen la frontera y se fuesen a pelear por Juárez. (Personal Memoris of P. H. Sheridan, N. Y.)

Efectivamente muchos se pasaron y tomaron parte en el sitio de Querétaro.

Escobedo, por conducto de un abogado hermano de Sheridan agenció una entrega (oficial) de armas, en Matamoros; pasaron con bandera desplegada y presentaron vales autorizados por el Jefe de Brownsville. Hubo banquete en que el Gen. Escobedo brindó lisonjeando a Sheridan.

Sabemos que el Gen. Sherman fue con Escobedo hasta Monterrey en calidad de consejero. Muy probablemente trataron del plan de campaña que había que desarrollar, en el que se dice que el mismo Gen. Grant había colaborado. (Archivo García. Docs. G. Orte.)

El general liberal José María Arteaga escribía desde Ciudad Guzmán el 22 de junio de 1864: "El contrato del señor Juárez con los Estados del Sur es cierto. He visto con Uraga las cartas en que se comunica; y aunque no se fijan los términos, por otros conductos se sabe que consisten en que entregarán al señor Juárez tres millones de pesos por permisos para nacionalizar su algodón y licencia para enganchar 30.000 americanos". (El original de esta carta hállase en poder del Sr. Ing. Cirilo Gómez Mendivil. Lagos, Jalisco)

"Juárez ofreció recompensar con tierras a los extranjeros que se presentaran con armas para servir en el ejército". (Rivera Cambas). Atraídos por el cebo de ventajas tan halagüeñas, en los primeros días de agosto de 1866 llegó a Matamoros, en un excelente vapor procedente de Nueva York, el general norteamericano Wallace acompañado del mayor general Sturm. El expresado general llevaba 8000 pistolas giratorias de seis tiros, 4700 carabinas, dos baterías de 12 piezas cada una, cantidad considerable de pólvora y algunos centenares de voluntarios americanos. (Zamacois)

El mando de las fuerzas juaristas enganchadas en los E. Unidos fue confiado a los generales Reed y Crawford (Domenech).

Con los desertores de las tropas belgas y austriacas formó el general Régules una legión extranjera (Arrangoiz). X

### TERCERA PARTE

#### LA ENTREVISTA CREELMAN.—

La entrevista Creelman es la que el Gen. Díaz concibió, en los primeros días de marzo de 1908, al periodista americano James Creelman, representante del periódico neoyorkino "Pearson's Magazine", en el castillo de Chapultepec. Ignórase si la entrevista haya sido solicitada por el periodista o intencionalmente provocada por algunos círculos gubernamentalistas.

Las declaraciones que en ella constan fueron de tal sensación y trascendencia, que muchos juzgaron aquel acto del presidente Díaz como una prueba de su decrepitud, a la vez que otros la calificaron de "un ardid para tomar el pulso a la opinión pública y saber hasta qué punto estaba con él".

Refiriéndose a esas declaraciones, dice el Sr. Malero en su libro "La sucesión presidencial de 1910" que no las cree sinceras porque nos tiene acostumbrados a las promesas más falaces, desde el plan de la Noria hasta sus últimas, contenidas en la entrevista Creelman.

Entre éstas, hay que hizo respecto de Roosevelt y la otra respecto a sí mismo. Como dijera Creelman que en E. Unidos había excitación con motivo de un tercer período presidencial, contestó el Gen. Díaz: "No puedo ver una razón convincente por la cual el presidente Roosevelt no fuera electo de nuevo, si la mayoría del pueblo americano desea que continúe en la presidencia... El temor americano por un tercer período me parece sin fundamento. No puede haber cuestión de principios en esa materia, si la mayoría del pueblo de los E. Unidos desea que continúe en su obra.— Este es el punto de real y vital importancia: si la mayoría del pueblo lo necesita y desea, que continúe en la presidencia".

Esta manifestación pinta al vivo la idea del Sr. Díaz de que todo gobernante debe ser reelecto para continuar su obra y, como la obra de gobernar nunca se acaba, todos los gobernantes tienen obra pendiente y así serían imposibles las democracias.

Insinuaba, además, que si había quedado ya tan largo tiempo en el poder, era porque el pueblo mexicano así lo había querido, y por eso "no había habido cuestión de principios en esa materia" —el principio de la no-reelección por él mismo proclamado en el plan de Tuxtepec—.

Y como para despistar al hirviente e impulsivo Mr. Roosevelt y no llegara a poner veto imperial a la séptima reelección, agregó el Gen. Díaz: "Cuando mi actual período termine, me retiraré de la presidencia, cualesquiera que sean las razones en contra,